

BIBLIOTECA DE MADRID

PLUMA y LAPIZ



Phot. Audouar

NÚM. 37

ROSARIO PINO

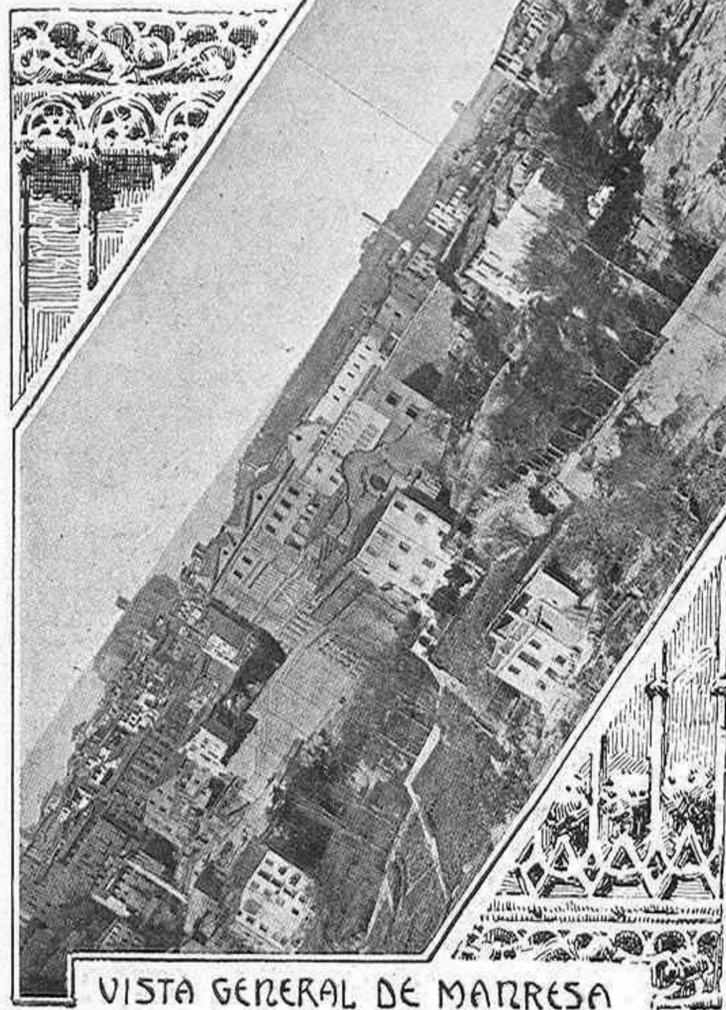
Núm. 36

Serie 1.ª

LEYENDAS Y TRADICIONES

MANRESA (BARCELONA).

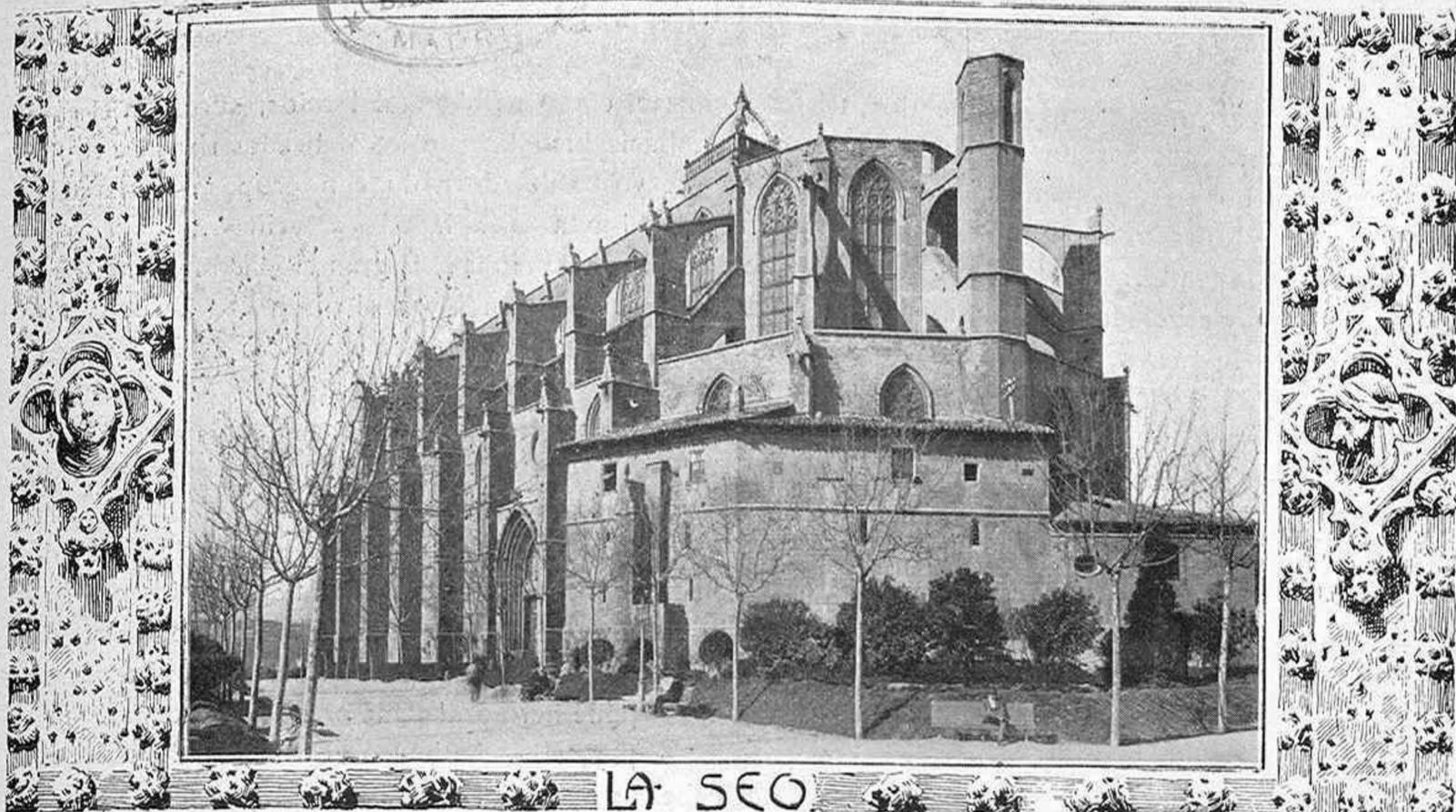
EL terrible Almanzor, en el apogeo de su gloria, llegó ante Barcelona el 1.º de Julio, y cinco días después daba el asalto á la ciudad que hubo de sucumbir ante la muchedumbre de sus enemigos; pero aún no habría vuelto á Córdoba el afortunado vencedor, cuando ya los catalanes, sorprendidos, mas no aterrados, se disponían á tomar el desquite y á rescatar su querida capital, clavando de nuevo en sus muros el estandarte de la Cruz. El conde Ramón Borrell, haciendo de Manresa su cuartel general, llamó en su auxilio á cuantos compatriotas podían prestárselo, y que acudieron solícitos á su llamamiento, siendo tal el empeño con que los manresanos secundaron la empresa, que al abandonar Borrell la población, para ir al rescate de la oprimida capital, es fama que no quedó allí más gente que las mujeres, los ancianos, los impedidos y los niños de tierna edad, pues, cuantos se hallaron en estado de empuñar un arma, apresuráronse á alistarse en el ejército de la patria y á compartir con el conde los riesgos y la gloria de la expedición, dejando á los que forzosamente se quedaban con la amargura de no poderlos acompañar. Y aún se refiere que no se limitó al sexo fuerte el entusiasmo guerrero, sino que contagiadas de él, valerosas mujeres, contribuyeron con varonil esfuerzo á la victoria. Esta fué completa; la ciudad condal volvió á poder de su legítimo soberano y los sacrificios y la



VISTA GENERAL DE MANRESA

pericia de Almanzor resultaron estériles; pero los árabes arrojados de Barcelona, y á los que no pudo ocultarse la importante parte que en su desastre habían tenido las gentes de Manresa, cayeron sobre esta población, casi desguarnecida, descuajaron los árboles de sus montes, talaron la campiña, arruinaron sus murallas y sus casas, hicieron en ella tales estragos que en los documentos de la época no se la cita ya sino como una ciudad destruída, como algo que fué y ya no existe. Y es tradición también que entonces, los pocos habitantes que lograron salir con vida del tremendo desastre, reuniéronse ante el montón de humeantes escombros, y alzando al cielo los ojos, llenos á un tiempo de resignación, de fe y de energía, dando por bien empleados sus sufrimientos, supuesto que en bien de la religión y de la patria habían redundado, juraron no abandonar aquellas ruinas y hacer resurgir de ellas su querida ciudad natal, contando con el esfuerzo de sus brazos y con el auxilio del Todopoderoso.

¡Felices tiempos aquéllos, de creencias firmes é indomable constancia! ¡Gloriosa época la del conde Ramón Borrell, la del que, aliado con Muhamad, de Toledo, y puesto al frente de un ejército de 9,000 cristianos y 30,000 musulmanes, marchó contra el cordobés Suleiman, atravesó buena parte de Etpaña y ganó la señalada batalla de Akbatalbacar, palabra que significa en árabe colina de los bueyes, y la ganó merced al denuedo de los suyos, cuando ya sus aliados la tenían perdida, consiguiendo, según la frase de un historiador, que por primera vez los estandartes de Cataluña reflejasen en las aguas del Gua-



LA SEO

dalquivir. Dignos de su conde se mostraron los escasos manresanos sobrevivientes á la catástrofe de que más arriba hemos hablado; cumpliendo su promesa, trabajaron con tesón, llamaron á su lado gentes de los puntos comarcanos; comenzó la repoblación; ésta, aunque lenta, pues así había de ser en circunstancias históricas como aquellas, fué continua, persistente; y así como la persistencia y la continuidad de la gota de agua, horada la dura piedra, la constancia de tales hombres y de sus sucesores, reunió y dispuso cuantas piedras fueron necesarias para que, no sólo quedara reedificada Manresa sino que alcanzara un grado de esplendor á que no llegó ninguna otra ciudad subalterna de Cataluña. «Los monumentos que levantó en sólo un siglo, dice un erudito escritor, atestiguan su riqueza y su encumbramiento en la edad media. En 1308 se trabajaba ya en el convento de Padres Carmelitas; en 1318 se empezaba el de Santo Domingo; en 1328 se estaban echando los cimientos de la Seo; antes de 1350 tenía ya construída su costosa acequia. Menguó después su afán por construir; mas no habían pasado dos siglos cuando, entusiasmada por los vivos recuerdos de San Ignacio de Loyola, edificaba nuevos templos sobre cada uno de los lugares que éste santificó con su presencia.»

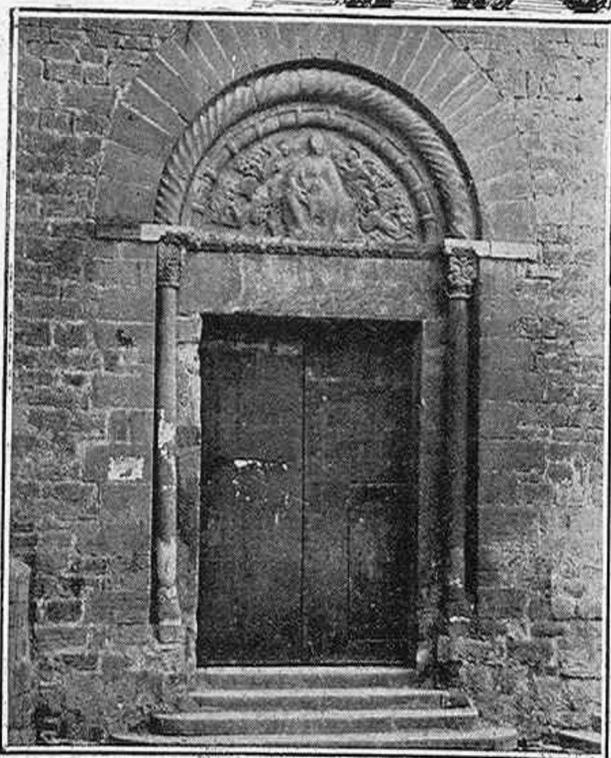
No hay período importante de la historia que no esté señalado por una catástrofe la ciudad que nos ocupa. Destruída por los romanos, por los godos y por los árabes, fué también de un modo infame en 30 de Marzo de 1818, por los franceses que acaudillaba Macdonald, quien la pegó fuego sin respetar ni aún los hospitales; pero tal fué la cólera de los manresanos y tanto aliento les infundió el auxilio de las escasas tropas que mandaban Sarsfield y el barón de Eroles, que dieron sobre los miserables que así vengaban sus derrotas de 1808, obligándoles á retirarse, los persiguieron sin tregua ni descanso, y cuando al fin el general de Napoleón logró, no sin grandes dificultades, guarecerse detrás de los muros de Barcelona, al pasar revista á su gente hubo de cerciorarse de que su inícuca hazaña, impropia de un caudillo y de un ejército civilizados, le había costado más de un millar de hombres.

¡Y Manresa renació una vez más! Con razón se la puede llamar la ciudad Fénix. En esta ocasión su renacimiento fué rápido, su crecimiento asombroso; y como con sus construcciones de otros siglos había dado ya satisfacción á sus necesidades espirituales, preocupóse ahora de las materiales; hízose ciudad industrial, y al lado de los campanarios de sus templos eleva al firmamento las chimeneas de sus fábricas, rindiendo así tributo á los dos más nobles sentimientos de la Humanidad: el amor al trabajo, que dignifica al hombre, y la veneración y la gratitud que se debe al Señor de cielos y tierra.

EDUARDO BLASCO

Fotografías de José Serra.

Encuadradas por GASPAR CAMPS.



ANTIGUA PUERTA DE LA SEO

LA CIUDAD

NEGROS nubarrones, errantes bohemios, tristes y grandes como emblema del dolor, surcaban el espacio impelidos por un cierzo húmedo, que deshacía brutalmente los delicados rizos de Sofí, mal defendidos por su gran pamela de amarilla paja, que yo había adornado con grupos de amapolas cogidas en aquellos rastros, que hacían del monte una escalinata de explanadas amarillas...

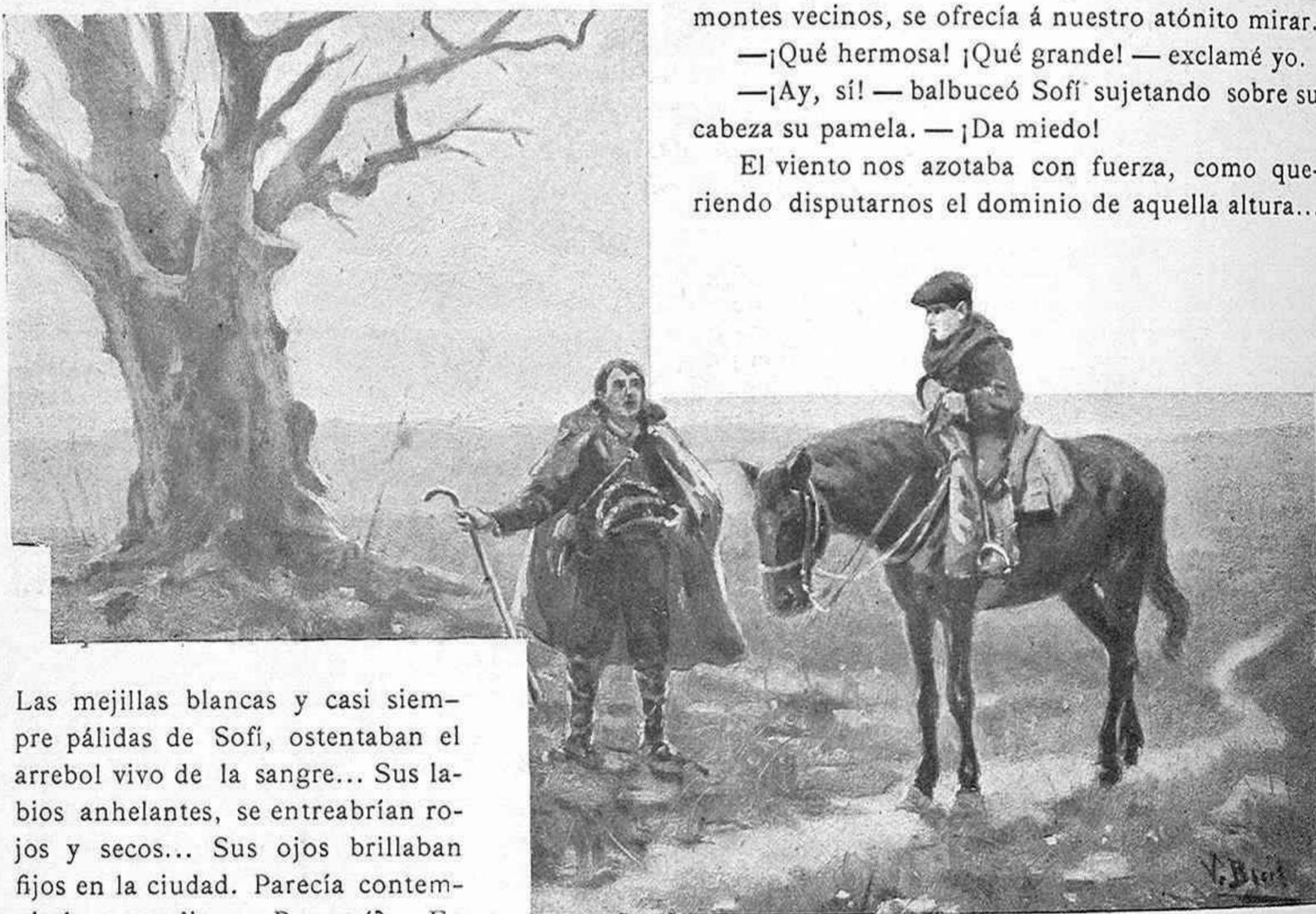
Llegamos á la cima... Tendimos la mirada á nuestros pies, y la ciudad, la gran ciudad moderna, con sus vías amplias y arboladas, tendíase, allá abajo, en el llano, arrastrando tras sí como enseña de victoria ó prisionero de guerra, el barrio antiguo, negruzco, deforme, tortuoso, achaparrado como un gran sapo húmedo y viscoso... Un negruzco nubarrón, reflejaba su sombra sobre él, mientras la luz del sol, escapando húmeda y amarillenta por los bordes de aquella pantalla, iba á iluminar la ciudad moderna, simpática, bien organizada, espaciosa, libre...

Sofí y yo, habíamos atacado el monte por el lado opuesto al gran panorama que buscábamos, y la ciudad enorme, con sus pesadas cúpulas, sus agudas monterolas de pizarra, sus grandes y elevados minaretes, sus chimeneas vomitando humo, símbolo de actividad, y sus trenes cruzando rápidos por sus arrabales y hundiéndose, desapareciendo, entre los montes vecinos, se ofrecía á nuestro atónito mirar.

—¡Qué hermosa! ¡Qué grande! — exclamé yo.

—¡Ay, sí! — balbuceó Sofí sujetando sobre su cabeza su pamela. — ¡Da miedo!

El viento nos azotaba con fuerza, como queriendo disputarnos el dominio de aquella altura...



Las mejillas blancas y casi siempre pálidas de Sofí, ostentaban el arrebol vivo de la sangre... Sus labios anhelantes, se entreabrían rojos y secos... Sus ojos brillaban fijos en la ciudad. Parecía contemplarla con odio... ¿Por qué?... En un momento, cruzó por mi mente

una de esas historias que se viven en un año, se cuentan en una hora y se forjan en un segundo. ¿Sería la historia de Sofí, la muñeca alegre de rizos rubios, pegajosilla, mimosa como gatito faldero, la causa de aquel odio que me pareció ver en sus pupilas brillantes y fijas en la gran ciudad?

Tal vez.

Yo, recordando detalles de lo que ella me había contado, triste y jugando con las guías de mi bigote en fuerza de la costumbre, imaginé lo siguiente:

«Allá, en la humilde aldea, Sofí, chiquilla talentosa, soñaba con la gran ciudad... Un libro, infame á fuer de ameno, se la había hecho ver grandiosa y risueña como una explosión de alegría. El amor y el placer, cogidos del brazo, la llamaban... y ella acudió. Pero el placer, más osado, se apoderó primero de ella, y el amor ya no la quiso después, aunque la infeliz se le ofreció con sus cabellos rubios destrenzados, que tan lindamente sentaban á su rostro pálido de expresión triste, y á sus hundidos y brillantes ojos... ¡Primera decepción!... Luego... la vulgaridad eterna... la historia de siempre que escribirán con sus besos las mujeres de los siglos venideros, con los mismos sollozos y lágrimas que las de hoy... La madre

murió y el hermanito único de Sofía, montando en el viejo y desmadejado caballo, patrimonio todo que le restaba, emprendió el ignorado camino de la ciudad en busca de fortuna ó de su hermana y huyendo tal vez de los que le preguntaban por *aquella*, por *la* Sofía... Un gañán, al verle pasar, le dió recuerdos por si la encontraba... Y se rió con esa brutalidad nativa de los seres incultos. ¡Son tan despiadadas las almas vírgenes!

Yo no conocí jamás al hermano de Sofí; sabía que ella lo tuvo por que así me lo dijo, suspirando por la suerte del rapaz. Lo probable era que viviese... ¿Cómo? ¡Quién sabe! En el arroyo, en la cárcel, en la fábrica... ¡Hay muchos huecos para acomodar un sér pequeñuelo, raquítrico y sin fortuna!

«—La gran ciudad, se lo tragó»—decía Sofí con su pintoresco lenguaje siempre gráfico y correcto. ¡La ciudad! ¡Qué grandel... ¡Ay sí! ¡Daba miedo!...

Con la mirada absorta en su contemplación, Sofí, azotada por el viento, permanecía inmóvil... Yo la miré y creí ver que dos lágrimas oscilaban en sus sedosos párpados de oro... Me dió lástima. Nuestra alegre correría por el monte, iba á tener un final triste, impropio.

—¿En qué piensas, Sofí?—la pregunté.

Ella miróme, hizo un esfuerzo por sonreír, no pudo, y mirando á la ciudad, exclamó:

—¡Es grande, sí! Grande como sus vicios, como sus riquezas, como sus dolores, como su impiedad. Me pareciera hermosa si la viese ardiendo... Así, no. Es el monstruo que atrae, que seduce, que agota todas las fuerzas, que todo lo sacrifica: energías, ideales, ensueños, todo, todo. En cambio nada devuelve, nada da... Es un vertedero, donde lo que cae se pudre, es el abismo donde sólo se salva á medias, el que sabe caer en buena postura. En sus entrañas se ahogan grandes lamentos, se destrozan los seres, impelidos por la ambición de venturas ficticias. Cada ideal realizado ¡cuántas bajezas, cuántas traiciones, cuántas lágrimas de vencidos y víctimas! Es grande, sí; es grande... Pero da miedo cuando se la conoce



por dentro. No... ahí no puede existir la verdadera dicha... La dicha es azul como el espacio y como él no tiene límites, no puede tenerlos... ¡Ah! ¡La ciudad! ¡La ciudad...!

En aquellos momentos, las nubes, descendiendo al llano, la envolvían en sombras. En cambio, el sol poniente daba de soslayo en la altura del monte.

De súbito se rehizo; miróme, rió nerviosamente, y cogiendo un puñado de piedras, me dió algunas diciendo:

—¡Apedreémosla!

La idea me hizo reír... La impresión de aquellos momentos pasó, y, cogidos de la cintura, volvimos á la ciudad y el monstruo... *nos tragó*, como dijo ella riendo y mirándome á la cara, de un modo entre insultante y compasivo.

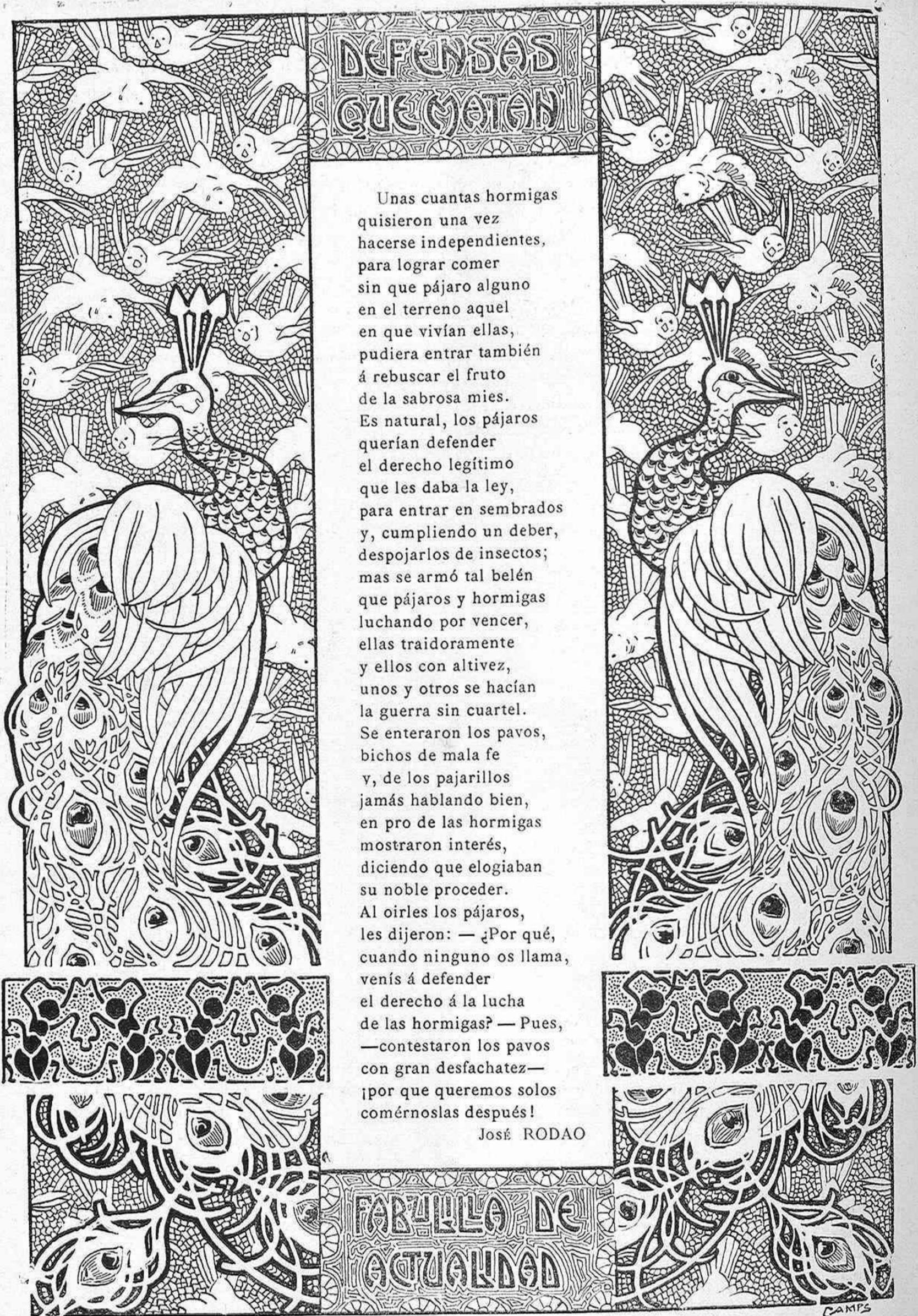
Parecía decir:

—Estamos en nuestro digno centro.

Tal vez tuviera razón.

LUIS DE VAL

Ilustraciones de V. BUILL.



DEFENSAS QUE MATAN

Unas cuantas hormigas quisieron una vez hacerse independientes, para lograr comer sin que pájaro alguno en el terreno aquel en que vivían ellas, pudiera entrar también á rebuscar el fruto de la sabrosa mies. Es natural, los pájaros querían defender el derecho legítimo que les daba la ley, para entrar en sembrados y, cumpliendo un deber, despojarlos de insectos; mas se armó tal belén que pájaros y hormigas luchando por vencer, ellas traidoramente y ellos con altivez, unos y otros se hacían la guerra sin cuartel. Se enteraron los pavos, bichos de mala fe y, de los pajarillos jamás hablando bien, en pro de las hormigas mostraron interés, diciendo que elogiaban su noble proceder. Al oírles los pájaros, les dijeron: — ¿Por qué, cuando ninguno os llama, venís á defender el derecho á la lucha de las hormigas? — Pues, — contestaron los pavos con gran desfachatez — ¡por que queremos solos comérnoslas después!

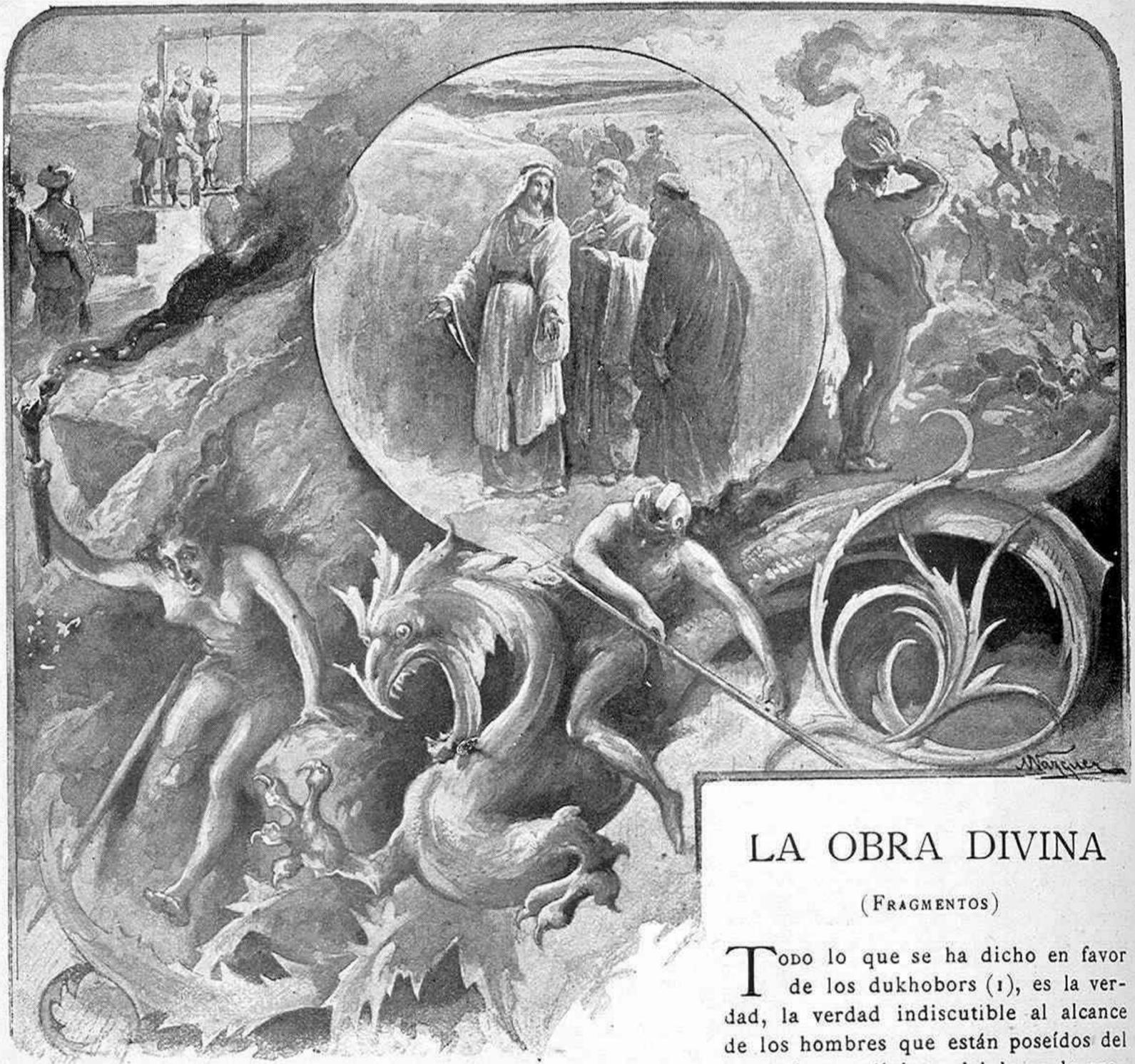
José RODAO

FABULILLA DE LA ACTUALIDAD

Ilustrada por GASPAS CAMPES.



EL DESCANSO DE LA MODELO.



LA OBRA DIVINA

(FRAGMENTOS)

Todo lo que se ha dicho en favor de los dukhobors (1), es la verdad, la verdad indiscutible al alcance de los hombres que están poseídos del sentimiento religioso, del deseo de pro-

pagar la verdad divina y favorecer á los oprimidos y los opresores.

En general, la actitud de los dukhobors parecía, como todo suceso cuyo origen es conocido, poco interesante para la mayoría de los hombres: hay contrabandistas, y se debe detenerles; hay anarquistas, terroristas, y se debe preservar de ellos á la sociedad; hay fanáticos, skoptzi, y se los debe encarcelar y deportar; hay destructores del orden social, y se les debe reducir á la obediencia. Todo eso parece sencillo, cierto y por lo mismo poco interesante, y sin embargo, los que así opinan se engañan.

En la vida de cada hombre—lo sé por mi propia vida y todos encontraréis en la vuestra casos parecidos,—al igual que en la vida de los pueblos y de la humanidad, ocurren hechos que son los «turning points», los hitos de la vida entera, y estos hechos, á semejanza de la brisa matutinal que se deja sentir apenas, bien distintos de la tempestad en que Elías vió al Señor, producen poco ruido, pasan casi inadvertidos, y en la vida personal se lamenta después el no haberles prestado la atención debida, el no haber adivinado la importancia de lo ocurrido. Si yo hubiese sabido, se piensa, que ese era un momento tan importante en mi vida, hubiera obrado de otro modo. Lo mismo sucede en la vida de la humanidad. Entraron con pompa y estrépito en Roma los triunfadores, entró el Emperador, y esto parece importante, siendo así que entonces parecía poco importante que un galileo cualquiera predicase una nueva doctrina y que por esta causa se le crucificase en unión de otros declarados culpables de igual crimen. También á los respetables miembros de los parlamentos inglés, francés é italiano, al Reichstag austríaco y alemán, á todos los comerciantes de la City, á todos los banqueros del mundo entero y á los periodistas parece ahora importante la cuestión de saber quién ocupará el Bósforo, quién se apoderará de un pedazo de tierra en Africa ó en Asia, quién triunfará en el asunto del bimetalismo, etcétera. Y el relato de que en cierto lugar del Cáucaso el gobierno ruso ha tomado medidas para reducir á algunos fanáticos semisalvajes, parece no sólo carecer de importancia, sino tan pueril, que no vale la pena de

(1) Cristianos que rechazan la obligación de servir en el ejército.

citarlo. Y en realidad, al lado del gran suceso que vemos actualmente en el Cáucaso, no sólo carecen de interés sino que son hasta ridículos esos extraños cuidados de hombre maduros, instruídos é iluminados por la doctrina de Cristo (es decir, que conocen esa doctrina y pueden comprenderla), ese afán de saber á quién pertenecerá tal ó cual posesión de tierra, y qué palabras se han pronunciado en condiciones que sólo interesan á corto número de hombres. Pudo ocurrir que Pilatos y Herodes no comprendiesen la importancia de lo que traía á su presencia, en el tribunal, á un galileo que agitaba la provincia; ni aún se dignaron averiguar en qué consistía su doctrina, y si la hubiesen conocido se hubieran mostrado dementes, pensando que, como decía Gamalitril, aquella doctrina debía desaparecer. Pero nosotros no podemos desconocer la doctrina ni su duración de 1800 años, y sabemos que no desaparecerá hasta que esté realizada. Y por lo mismo no dejamos de notar, á pesar de la poca importancia y la falta de instrucción de los dukhobors, el alcance de lo que con ellos sucede. También los discípulos de Cristo eran poco importantes, poco refinados, desconocidos; y los discípulos de Cristo no pueden ser de otro modo. Entre los dukhobors ó, mejor dicho, entre los miembros de la «Fraternidad cristiana universal», como se llaman á sí mismo, crece la semilla esparcida por Cristo hace 1800 años, se produce la Resurrección del mismo Cristo. Esta resurrección debe cumplirse, no puede dejar de cumplirse, y cabe cerrar los ojos porque se verifica sin salvas de cañón, sin revistas militares, sin fuentes luminosas, sin música, sin alumbrado eléctrico, sin toques de campana, sin discursos pomposos, sin los gritos de hombres galoneados y condecorados? Únicamente los salvajes juzgan de la importancia de un suceso por el brillo exterior que lo acompaña. Que lo queramos ó no, con la vida de los cristianos de la fraternidad universal ha empezado, á partir de la persecución, la verdadera vida cristiana, fuente de todo lo bueno y lo malo que se produce en el mundo. Todas las organizaciones sociales, nuestros parlamentos, las ciencias, las artes, todo eso vive tan sólo para realizar la vida que todos nosotros, los hombres que piensan, miramos como el más grande ideal de perfeccionamiento.

Y existen hombres que han alcanzado ese ideal sino por completo, en parte, y que lo han realizado por un medio en el que nosotros, á pesar de nuestros complicados órdenes sociales, no pensábamos. Cómo no reconocer la importancia de tal suceso si es la realización de nuestro propósito.

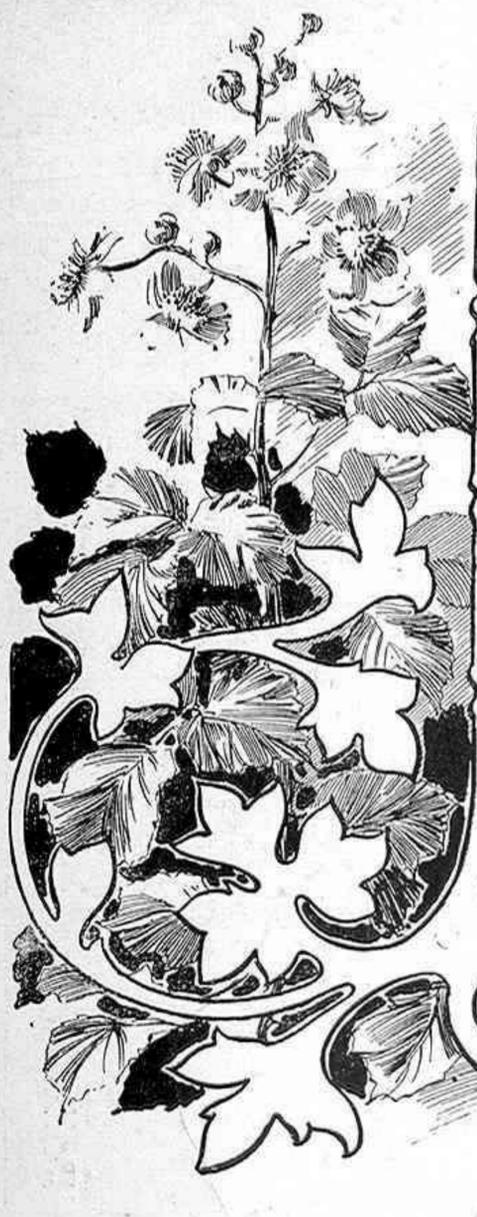
Tal vez, por más que yo lo dudo, se persistirá en reprimir el movimiento de la fraternidad cristiana universal, porque la sociedad no comprende toda la importancia de lo que sucede y no le presta su amistoso concurso. Pero lo que ese movimiento representa, lo que en él se expresa, no morirá, no puede morir, y más ó menos pronto aparecerá en plena luz, destruirá lo que le oprime y llenará el mundo. No hay más que esperar. Sin duda, hay hombres, muchos por desgracia, que piensan y dicen: con tal que no suceda en nuestro tiempo, y que por esta razón se esfuerzan en detener el movimiento. Mas sus esfuerzos son vanos; y en vez de detener el movimiento pierden la vida que se les concedió. La vida, no es vida sino está al servicio de la obra divina. Al perjudicar á esta otra, los hombres se privan de la vida, y á pesar de esto, no pueden detener la realización de la obra de Dios, ni por un año, ni por una hora.

Por lo mismo, comprendiendo toda la importancia del suceso que se observa en la vida de la humanidad, como en cada cual de nosotros, recordando que la ocasión de obrar que ahora se nos presenta no volverá más, hagamos lo que hizo el mercader de la leyenda evangélica: vendámoslo todo para comprar la perla preciosa. Desechemos todas las consideraciones mezquinas y egoístas, y que cada cual de nosotros, sea cual fuere la situación en que está, haga todo lo que pueda, si no puede constituir á la gracia en que se hace la obra de Dios, sino puede participar en esa obra, para no ser el adversario de la obra divina que se realiza en bien de todos.



LEÓN TOLSTOY

Ilustraciones de NICANOR VÁZQUEZ.



ARMAS Y LETRAS

Desde un fuerte en la montaña,
tronando con fiera saña
decidió el cañón la guerra:
¡el tiempo borró la hazaña
y dió con el fuerte en tierra...!

Cantó un poeta sentido
las glorias del bronce fiel
y el arte venció al olvido
(mar que impotente y rendido
rompe en diques de papel)
y, muerto el noble cantor,
labraron en justo honor
del cañón que hizo con gloria,
á cañonazos la Historia,
su estatua al historiador.

JUAN ARZADUN



Dibujo de José Passos.

MISCELÁNEA; por T. GASCÓN.



1.—¿Por qué correrá aquel hombre? — se dijo el guardia Rodríguez, siguiéndole la pista.



2.—¡Alto! ¿Por qué corría V.?
—¡Suelte usted, hombre! ¡Cualquiera le espera sin un mal capote!



3.—¡De poco me ha servido el capote!



—¿Eres mi amiga?
—Siempre.
—Pues vigila á tu marido.
—¿Por qué?
—Porque nos engaña á las dos.



—¿Y te atreves á mirarme cara á cara?
—¡Qué quieres, mujer! ¡Uno se acostumbra á todo!

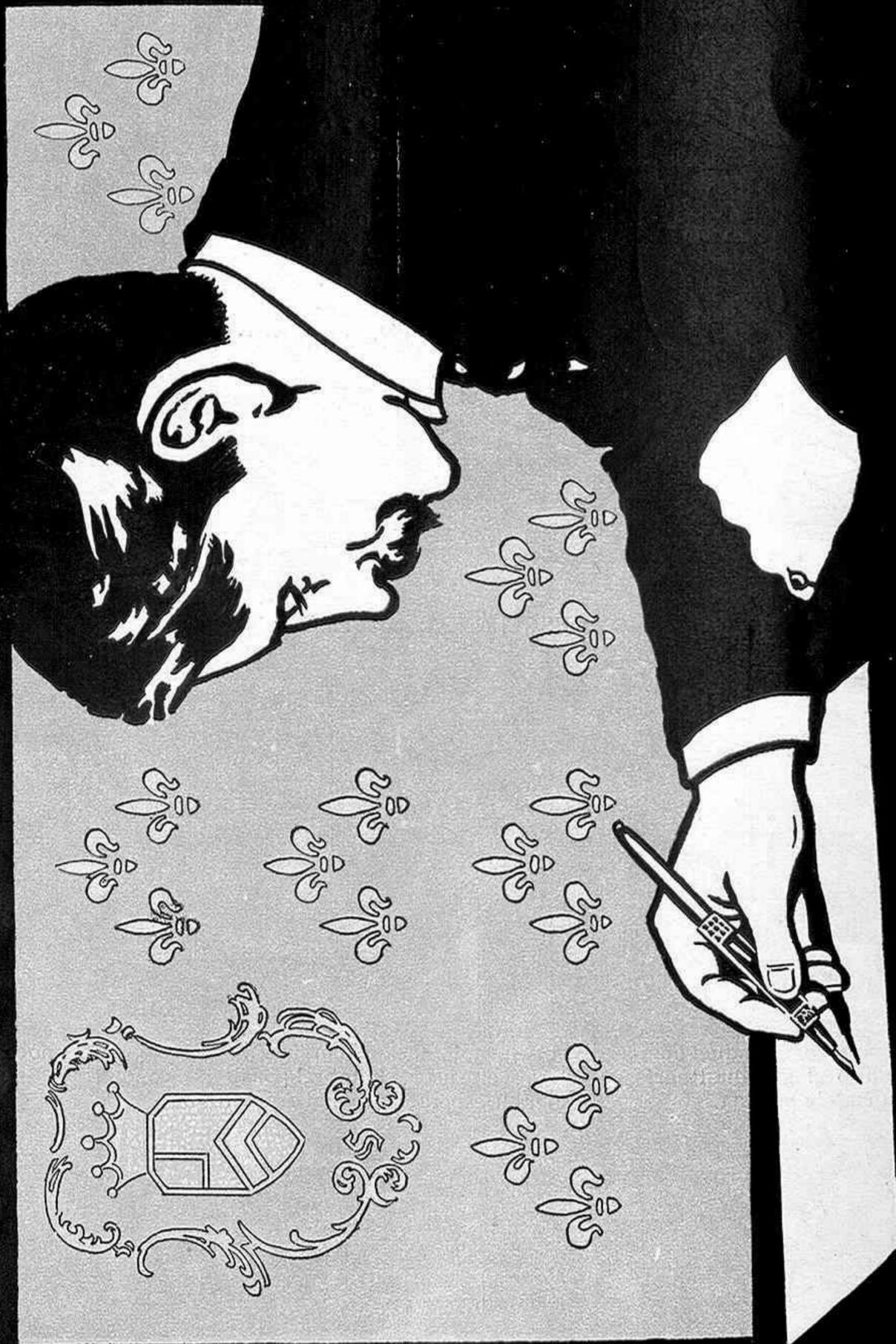


—¿A qué hora coméis, querido?
—Mamá ha dicho que en cuanto usted se marche.

Fot. - Tip. - Lit. del «Album Salón».

CARTELES ARTÍSTICOS

THE STAFFORD FOUNTAIN PEN



· NEW · YORK ·

Cartel anunciador de la «Pluma Stafford Fountain.»—Nueva York.

SERIE 1.ª

Núm. 37